

LA SEMANA COMICA

Actrices inglesas



MISS ETHEL SELWIN

ANUNCIOS



POLVOS IMPERIALES

AL CISTUS ALBUM

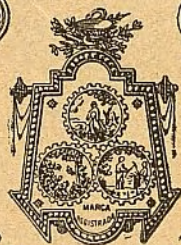
preparados por el Dr. Pizá
y compuestos de pasta
de almendras

Se garantiza su perfecta
inocuidad, diafanidad y
transparencia. Su perfu-
me es finísimo.

PRECIO: 3 PESETAS CAJA

De venta en las princi-
pales perfumerías.

Curan la JAQUECA (migraña)



PILDORAS ANTINEURALGICAS

TEJIDO

De venta: farmacia del autor, Manso, 60
Precio, 1'50 ptas.

y demás dolores nerviosos de la cabeza

LA COMPAÑIA COLONIAL

HA OBTENIDO

en la Exposición Universal de París

Medalla de ORO por sus CHOCOLATES, Medalla de
ORO por sus CAFÉS, Medalla de ORO por su TAPIOCA

Depósito general en MADRID: CALLE MAYOR, núme-
ros 18 y 20.

Sucursal en BARCELONA: AUSIAS-MARCH, núm. 1,
bajos.

De venta en todos los COLMADOS y ULTRAMARINOS
importantes.

LA SEMANA CÓMICA

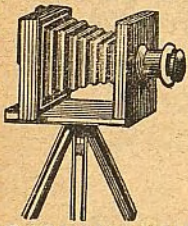
REVISTA ILUSTRADA

Se publica los jueves y regala
con cada número una bonita lámina de
carácter artístico.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

VERTRALLANS, 3, principal

GRATIS á los aficionados á la FOTOGRAFIA



EL GRAN CATÁLOGO ILUS-
TRADO de aparatos y útiles para
la fotografía con 100 grabados
intercalados al texto, se manda
GRATIS y FRANCO DE PORTES
á quien lo pida al director del
DEPÓSITO UNIVERSAL

de
APARATOS FOTOGRÁFICOS

FERNANDO VII, 34, ENT.º= BARCELONA

Pidan en todas partes

- EL -



BOCK LYONNAIS

DEPÓSITO

Diputación, 341,

BARCELONA

CERVEZA VELTEN

CASAS RECOMENDADAS

ARBESTINA. Sustancia
para fabricar papel.
Da brillantez á la super-
ficie y el poder de absor-
ción deseable.
De venta: Palau, núm. 4,
tienda.

DOCTOR GRAÑEN, Ron-
da San Antonio, 3, 1.º
Especialidad en las en-
fermedades de los niños.

CHOCOLATE de Puerto-
Rico, De Victori de Ma-
yagüez.
De venta Rambla Cana-
letas, 2, La Tropical.

ICOR BARCELONA.—
Pídanse en todos los cafés
y tiendas de ultramarinos.

TIJERA DE ORO (sas-
tería, Platería, 48.

ORTEGA, IMPRESOR.—
Palau, n.º 4. Especialidad
en trabajos comerciales.
En caso de necesidad se
entregan los trabajos á las
24 horas.

BAZAR CATALÁN, Car-
men, 36.
Especialidad en géneros
de punto y pañolería de
seda.

**PROSPECTOS Y ANUN-
cios** ilustrados. Borrell,
136, 2.º, 2.ª

PELUQUERÍA DE LUIS
PXIV.—13, Rambla de las
Flores, 13.—Salón para se-
ñoras.

ZAPATERÍA TORRENS
Carmen, 65 Especialidad
en calzado á la medida.

y demás dolores nerviosos de la cabeza

a de

S

MITO
341,
A
EN

ANUN-
Borrell,

E LUIS
a de las
para se-

RRENS
cialidad
lida.



La Semana

Otra vez hay moros en la costa.
El teatro de los sucesos (ó mejor dicho, la plaza de toros de los sucesos, porque aquello debe de ser un herradero) no es ahora el campo de Ceuta, ni Melilla, ni Fernando Póo (muy señor mío) sino la plaza de Tánger, como quien dice, lo más ilustradito y civilizado de todo el imperio mogrebíta.

Tratábase de amarrar un cable que nos trasmitiera noticias telegráficas de Marruecos, pero los moros se han alarmado con los preparativos, creyendo sin duda que íbamos á ponerles maza como á los perros, ó que, una vez atado el cable, tiraríamos de él dando al traste con todo el imperio.

Y al principio, los moros de Tánger respondían á nuestra demanda con la frase evangélica, un poco modificada por ellos:

—*Noli me Tánger.*

La electricidad que había de ir por el cable está allí, en la atmósfera cargada de ozono, manifestándose en truenos y relámpagos y próxima á descargar, no sabemos si en rayos destructores ó en lluvia inofensiva; probablemente en esto último, porque ya los moros nos han enviado á mandar llover.

Las protestas de paz y de cariño hechas en San Sebastián por la embajada marroquí habían hecho creer que lo del cable sería coser y cantar, mas sin duda los moros no han querido llevar su cariño al extremo de «hacer telégrafos» con nosotros.

Que son un pueblo estacionario, ya lo sabemos; pero ese mismo adjetivo nos autorizaba á pensar que no encontrarían obstáculo nuestras estaciones... telegráficas.

¡Oh, inocente credulidad!

Ellos han prohibido á los telegrafistas asentar el poste, alegando, sin duda, que ya tenemos bastantes en la embajada; ellos se han burlado de nuestro ramo de Comunicaciones, lo mejor que tenemos en materia de servicios públicos; ellos nos han puesto en verdadero aprieto, porque nadie sabe si el llamado á entender en el asunto es el Sr. Los Arcos como director del ramo ó el duque de Tetuán como ministro del otro ramo... de perlesía.

Bien mirado, los moros, en su oposición, atienden más que á nada á nuestra felicidad.
Bien claro lo dirá en su lengua Sidi Mahomed Torres, al contestar á la reclamación del Gobierno español:

—Bueno y santo que deseárais el cable si él os hubiera de transmitir nuevas agradables; mas ¿qué prisa teneis en conocer las tristezas, desgracias y fracasos que á diario os ocurren por acá?

* * *

Probablemente á estas horas se habrá proclamado en Coruña el culto de la *Diosa Razon*. La corporación municipal no es católica, apostólica, romana, ni báscula automática; predominan allí el libre pensamiento, el libre exámen y acaso el libre tránsito por la zona fiscal de los consumos; hasta el gobernador de la provincia da señales de libre pensador como el alguacil de *El Monaguillo*:

Que no piensa en ná.

Han sido silbados los curas, las autoridades, los periódicos católicos....
Por algo la heroína del pueblo se llama *Pita*.

Un paso más y el Ayuntamiento coruñés, emulando las glorias de Nerón y de Diocleciano, emprenderá la décima tercera persecución contra los cristianos, con el único fin de romper el bautismo á todos los que padezcan el feo vicio de tenerle.

Las autoridades eclesiásticas, no encontrando apoyo en las gubernativas, se ven en la precisión de llamar á Cachano con dos tejas.... ó con dos bonetes.

—¿Dónde está el principio de autoridad?—gritaba un coruñés ortodoxo.

—Se lo han comido, como buen principio que era.

—Este país no tiene cura.

—De eso se trata precisamente.

—Aquí han puesto un gobernador enérgico, un hombre íntegro....

—O de La Unión Católica.

De esperar es que los concejales de la Coruña usen como distintivo de su cargo, no la banda, el fagín, el bastón ó lo que lleven ahora, sino las piernas al aire y los faldones de la camisa en libertad, como los gobernadorcillos tagalos.

Un verdadero uniforme *sans culotte*.

No cabe dudar de que en aquel Municipio dominan los espíritus fuertes.

De diez y siete grados, por lo menos.

El mejor día, en vez de publicar las disposiciones de la Alcaldía en el *Boletín Oficial*, van y las envían á *Las Dominicales del Libre pensamiento*.

En esta situación, los ediles cristianos no entran en el Ayuntamiento.

Las personas pacíficas no salen de casa.

Y la autoridad ni entra ni sale.

Anúnciase para dentro de poco una cruzada que rescate del poder de los gallegos el sepulcro del apóstol Santiago.

Pero es lo probable que se sustituya la cruzada por una compañía de la Guardia civil.

Ella ha hecho el gasto, tanto en la peregrinación de Pastoriza, como en los entierros civiles que allá en Coruña, son el pan suyo de cada día.

—¿Qué es esto?—gritaba un coruñés, asustado ante las carreras, desmayos, atropellos, cierre de tiendas y otras pacíficas demostraciones.

—No lo vé V.?—le respondían:—un entierro.

—¿Civil?

—Si señor: civil... de á caballo.

LUIS ROYO VILLANOVA.

Cuento viejo



Cierto gracioso, en Granada, intentó pasar un día por una calle en que había una mula atravesada.

—¡Eh! No paséis por detrás—

gritó el amo presuroso—

que el animal es cocioso

y muy traidor además.

Pero el chusco, confiado,

respondióle en alta voz:

—Antes que *piense* la coz,

ya estoy yo del otro lado.

Y en efecto, fué á pasar

sin tomar sus precauciones;

mas la mula en los riñones

tal coz alcanzó á dar,

que rodando por el suelo

en diez varas no paró,

y el pobre se levantó

diciendo con desconsuelo:

—Esta mula condenada

me fastidió ¡vive Cristo!,

pues la coz, según se ha visto,

la tenía ya *pensada*.

MANUEL LASSA.

Idilio de invierno

I.

Igual que á los veinte años se querían,
con el fuego del sol que nos calienta,
aquellos dos amantes que tenían
en la cabeza canas de sesenta.
¿Que eso no puede ser? ¿Que es increíble?
¿Y por qué no ha de ser eso posible?
¡Que se caigan mis dichas al abismo
y viva siempre, como hasta hoy, sin ellas,
si no estoy convencido, yo que he amado
cada semana justa á siete bellas,
de que el amor es siempre, siempre el mismo!
Y si no basta haberlo asegurado
lo juraré... ¿Por quién lo juraría,
dulces recuerdos de mi amor pasado?
¿Por Lola, por Clotilde, por Consuelo,
por Elvira, por Cármen, por María?
¡Si supiera á cual de ellas he amado
más tiempo y con mayor idolatría!...
¡Pero si es que eso ya se me ha olvidado!
¿Por quién lo juraré yo, santo cielo?
¡Ah, ya! Por la peluca de mi abuelo...
¡otro recuerdo para mí sagrado!

II.

Pues bien; pues una noche de Febrero,
á no sé cuántos grados bajo cero,
nuestros dos viejos, Juan y Rosalia,
la esposa amante y el amante esposo,
recordando aquel tiempo venturoso
en que el sol del verano echaba fuego
y en que era mucho más alegre el día
y el cielo más azul y más hermoso,
y hasta, según decían ellos luego,
mucho mejor el pan y más sabroso,
estaban junto al fuego conversando
y, amantes casi ya hasta por costumbre,
mientras iban el fuego renovando
sacaban sus recuerdos á la lumbre.
Tiritando de frío los dos viejos,
¡con cuánto fuego de su amor hablaban,
mientras que de las llamas los reflejos
en sus canas de nieve cabrilleaban!
Y desde el día aquel (¡dichoso día!)
en que siendo mozo él y ella doncella
hizo que al verse se quisieran tanto
san Antonio bendito, según ella,
ó según decía él, San Juan, su santo,
¡con que placer tan dulce repasaban,
sin dejar ni un rincón de la memoria,
todas aquellas cosas que formaban,
el castillo de sueños de su historia!
Hasta que al fin, saltando
de una en otra lo menos mil escenas,
saboreándolas todas y gustando
por cada media dicha veinte penas,
pasaban ya volando
de los minutos cortos á las horas
y después de los días á los años,
de la infancia y la dicha encantadoras
á la edad de los tristes desengaños,
desde el ayer al hoy... hasta encontrarse
sentados junto al frío frente á frente
y cojerse las manos y mirarse
y sonreír amantes dulcemente!

III.

¿Y después?

Pues después, cuando pensaron
en el hoy, avivaron algo el fuego
que se iba consumiendo, y se juraron
quererse mucho ¡pero mucho! luego.
Al fulgor de una llama agonizante,
como á la luz del sol brilla un diamante,
en sus frías y pálidas mejillas
dos lágrimas brillaron un momento
y quizás por un mismo pensamiento
los dos las enjugaron á hurtadillas.

IV.

Y ya ¿no pasó más? Pasó que el gato;



que junto á ellos hacía mucho rato
que de aburrido estaba ya paseando
hasta por las alturas la mirada,
puso fin á este idilio bostezando
y echando bendiciones con la cola,
viendo en un cuadro en la pared pintada
una gata hermosísima de Angola!...

MARCIAL DE LOS RIOS.

Servicio postal

En tiempos de aquel Mansi,
que gloria haya,]
echaba usted una carta
para Vizcaya,
y á los cuatro ó seis meses
se recibía...
en Logroño, ó en Lugo
ó en Almería.

Ahora, que está el servicio
de otra manera,
se dirige una carta
donde se quiera;
no llega á su destino,
por de contado,...
¡pero no la reciben
en ningún lado!...

Que se pierden es cierto;
las infelices
son á menudo víctimas
de sus deslices;
¡hace poco unas cuantas
se extraviaron
y en una casa pública
las encontraron!...

Pero además, es cosa
que se demuestra
que á muchísimas cartas
se las secuestra,
y puede sostenerse
por mil razones
¡que hasta son trinitarios
los peatones!

Fácil es la tarea
de los carteros;
les entregan las cartas;

hacen, ligeros,
eso del apartado,
que es muy sencillo,
¡y luego se las meten
en el bolsillo!...

A recordar que existen
destinatarios,
cada día se muestran
más refractarios,
y resulta, aunque el sobre
claro se escriba,
siempre oscuro el destino
de una misiva.

No hay como los carteros
para enterarse
de todos los negocios
sin arriesgarse;
y ya están de sufrirlo
las gentes hartas...
¡si no hay asunto en que ellos
no tomen cartas!

Yo siempre que me llegan,
al recibirlas,
pregunto á los carteros
antes de abrirlas,
quién firma las epístolas
y de qué tratan,
¡y como estén despacio
me lo «relatan»!...

Es admirable el modo
que tienen ellos
de violar, sin romperlas,
cartas con sellos.
La violación cometen
de tal manera,

que ni el de la ignominia
dejan siquiera.

Un cartero ve un sobre
certificado,
y:—«¡Aquí hay—dice al instante—
gato encerrado!»
Y aunque de allí no saque
gato ninguno,
buena porción de perros
saca el muy tuno!...

Tanto en las poblaciones]
más conocidas,
como en las aldehuelas
más escondidas,
se quedan con las cartas
los que reparten,
sin que se den justicias
que los encarten.

Yo, cuando escribo cartas,
directamente.
se las mando al cartero
correspondiente
«Léala usted, amigo,
si lo desea,
y entréguela á Fulano»,
cuando la lea»,
digo siempre en mis cartas
á los carteros,
en términos corteses,
ó lastimeros;
y el cartero hace al punto
tales favores...
ó se guarda las cartas
con mil amores...

FERNANDO SEGURA.

El vil metal

Mi apreciable director,
á quien con el alma quiero:
¿para qué sirve el dinero
en este mundo traidor?

¿Que labra nuestra ventura?
Pues yo digo lo contrario,
porque no es tan necesario
como la gente asegura.

Y puesto que no da honor,
ni talento, ni virtud,
ni da gloria, ni salud,
le tengo al dinero horror,
y pregonó, aunque la gente
no quiera creerlo así,
que el dinero es para mí

inútil completamente.

¿Que el oro la dicha labra
é influye en la sociedad?
Falta usted á la verdad...

¡No retro la palabra!
El dinero, á mi entender,
es sólo un mal consejero.
¡No me hable usted del dinero
porque no le puedo ver!

Hace al hombre criminal
y la dicha le arrebató,
¡cuando puede hablar en plata
aun el que no tenga un real!
Y no hay pobres, lo confieso,
aunque el mundo no lo crea.

¿Quién, por muy pobre que sea,
no tiene una onza... de peso?

Quien del dinero se cuida
es un solemne melón,
pues nunca falta un millón...
de disgustos en la vida.

Tengo al oro odio profundo
y al ver dinero me enfado,
porque es tan mal educado
que le falta á todo el mundo.

Y aunque el dinero me exalta
y el ver dinero me inquieta...
¡mándeme usted una peseta,
porque me hace mucha falta!

J. RODAO.

El cofre de las cartas



ESCRIBE Balzac en su admirable *Modeste Mignon* la fisiología del literato, y presenta al poeta Canalis, abriendo ante un ex-soldado de Napoleón, un cofre de cedro con charnelas de oro, en el cual yacen como en el fondo de una fosa todas las cartas que le habían dirigido sus lectores, amigos ó adversarios. De estos legajos amarillentos se desprende como un perfume de flores marchitas, á la vez acre y suave, débil recuerdo de los sarcasmos y de los elogios. Y el escritor muestra al soldado con orgullosa melancolía las pruebas irrecusables de la emoción causada por sus poemas.

Este curioso episodio no es invención de la rica fantasía de Balzac; está tomado de la realidad de la vida literaria. También el ilustre novelista tenía su cofre con cartas de sus admiradores y de sus adversarios, y en el cual había un rincón, donde, como en una capilla consagrada á un culto especial, guardaba como oro en paño, la correspondencia de aquella encantadora condesa de Hanska, que le escribía desde Polonia, á quien amaba desde lejos y con la que había de acabar por casarse.

Este cofre de Canalis y de Balzac todos los autores que han logrado un día de éxito, lo poseen lleno de cartas de desocupados prontos á tomar la pluma, de curiosas ávidas de entablar correspondencia con un hombre cuya profesión es tener ideas, de maleantes que fingiendo una simpatía irresistible, procuran hacerse con un autógrafo y de autores abortados, que bajo el velo del anónimo desahogan su corazón lacerado con una serie de injurias. El papel, la tinta y la letra son muy característicos y os muestran antes de abrir la carta las intenciones, el carácter, el sexo y la posición social del que os escribe.

*
* *

Este perfumado papel vitela cubierto de patitas de mosca, es de una mujer no comprendida, sedienta de ideal. Su carta empieza casi siempre con esta frase: «Usted, que tan bien conoce el corazón de la mujer...» y termina con estas palabras: «A través del espacio le tiendo una mano amiga...» No pide nada; es ya feliz con haber puesto su alma en comunicación con la del escritor que ha sabido adivinar su tortura, estigmatizar á los maridos y divinizar á los amantes. Firma siempre: «Una desconocida».

Este pergamino sin membrete lleno de estirada y rígida letra inglesa, no puede ser más que de una mujer instruida y un poco pedante. La carta empieza así: «Obligada á vivir con gente de espíritu grosero, me encuentro tan solita...» ¡Basta!... ¡Solita! es típico; esta sola palabra descubre la institutriz de cincuenta años, que se las echa de joven y que sirve en casa de unos comerciantes ricos que la pagan bien y á quienes ella desprecia.

Hé aquí este papel de estudiante, groseramente cortado, y sobre el cual una pluma que salpica mojada en tinta pálida, ha escrito estas palabras: «Muy señor mío: El último libro de V. es una porquería sin nombre. Bien se ha desahogado V.» En este caso la duda no es lícita: la carta es de un colega.

Estas ocho carillas cubiertas de letra apretada son de un bienhechor misterioso que propone al escritor un plan de novela. De ordinario, el asunto es monstruoso. Casi siempre se trata de un cura que seduce á una joven y que á renglón seguido llega á ser una lumbrera de la Iglesia. «Aproveche V. este plan,—dice el autor de la carta,—y con el talento que V. tiene podrá hacer de esto un libro de primer orden». Si por casualidad el escritor se deja llevar por este consejo, el que ha proporcionado el argumento, que está en acecho, saldrá como un demonio de una caja de sorpresa y se desgastará diciendo que le han robado. De todos modos, no es mal sistema de sacarle dinero á uno.

Queda aún por leer la carta de la extranjera joven, á quien sus culpables padres dejan aprender el francés en las novelas contemporáneas y que siente la necesidad de calmar su excesiva agitación comunicándola. Esta pide una contestación: «Mándemela V.,—dice,—con las señas de mi hermano, que me la entregará sin leerla». Cuando no es el hermano, es la criada. Hé aquí una niña bien guardada y que promete días felices al que haya de ser su marido.

Después de esto hay las mil demandas de fotografías que persiguen al autor pidiéndole su cabeza. Y la estratagema que emplean es la siguiente: «Tenemos en proyecto una biografía ilustrada de escritores ilustres, y naturalmente, como V. no puede faltar...» La biografía ilustrada es un mito. Hace veinte años que la anuncian y no se ha publicado todavía, ni se publicará. Pero las fotografías de los hombres célebres se instalan en los cristales de los armarios, entre el del primer premio de belleza y el del último condenado á muerte.

Por fin, al día siguiente de la publicación de un libro ó del estreno de una obra, cae sobre el autor una lluvia de cartas petitorias: «Muy señor mío: yo soy un colega á quien la fortuna no ha sonreído. Usted, que ha logrado alcanzar la gloria de que es V. tan merecedor....»

¡Con qué tristeza se socorren estas súplicas de la miseria, llevadas á domicilio por viejos bohemios que huelen á aguardiente á cien leguas y que apenas cerrada de nuevo la puerta corren á gastarse en la taberna de la esquina la limosna que les habéis dado!

Uno de estos pobres vergonzantes ha escogido, sin embargo, una forma más agradable. Dirige á su bienhechor una carta, en la que ha pintado á la aguada una guirnalda de rosas, y enmedio se lee una redondilla en la que *venturoso* rima con *generoso*. ¿Cómo no dar un par de duros á este poeta-pintor? Dado el gran número de novelas y dramas que se escriben anualmente, no debe de vivir mal este vergonzante.

*
**

Las cartas de que hablo las tengo en este momento ante mi vista. Pero estas forman el fondo común de la correspondencia de todo escritor. Otras hay más personales y que se refieren á la misma obra, que parecerán tal vez más interesantes.

Cuando se publicó *Serge Panine* muchos pretendieron haber adivinado quién era M. Desvarennés. Diez nombres se citaron con este objeto, sin que ninguno fuera el verdadero. En realidad, mi modelo era M.^e X..., la madre de un amigo mío, á la que entre nosotros llamábamos *patrona*, y que por su clara inteligencia y gran energía, ha contribuido á fundar una de las más saneadas fortunas industriales de nuestros tiempos. El día en que se firmó el contrato de matrimonio de su hija, bajando la escalera de su casa cogida de mi brazo, detúvose bruscamente, y dirigiéndome una mirada tétrica, me dijo: «Si mi yerno no hace á mi hija muy dichosa, me siento con valor para matarle». Este fué el punto de partida de mi obra: un desenlace. Faltaba dar con *Serge* y el resto.

*
**

A todas estas cartas, firmadas ó sin firmar, hay que dar por regla general la callada por respuesta. Si os proponéis entablar correspondencia con los curiosos, los desocupados y los entrometidos, gastaréis en vano el tiempo y el trabajo. Si, para comprometeros, el que os escribe procura que en la carta haya un membrete, guardadla intrépidamente y dad diez céntimos al primer ciego que encontréis.

Sin embargo, no hay regla sin excepción.

A veces entre un montón de cartas anodinas, se desliza una delicada, sincera y llena de sentimientos elevados. ¡Y qué lástima! buscáis la firma y os encontráis con dos iniciales ó con un nombre que no os recuerda nada y sin señas donde contestar. ¿A quién mandar las gracias que brotan entonces del corazón sereno del autor? ¿Dónde está el cariñoso anónimo? Tal vez os acabáis de codear con él entre la multitud y os ha dirigido al pasar una sonrisa animadora.

Quien quiera que seáis, misteriosos autores de cartas, hombres ó mujeres, que habéis sentido por un momento palpar vuestro corazón al unísono del nuestro, gracias. ¿Para qué escribimos y empleamos nuestras fuerzas, sino para merecer vuestro afectuoso cariño? Vosotros sois los jueces, á la vez temidos y deseados, á quienes queremos gustar. Continúa escribiéndonos, que vuestras cartas las guardaremos siempre como preciosos recuerdos. En los momentos de duda y desaliento, las volveremos á leer, y como socorro victorioso nos devolverán el valor y la confianza.



JORGE OHNET.

Caso Grave

I.

—¡Adiós, hija!
—¿Te vas ya?
—Sí:... ¿no te quieres venir?
—Hoy no: no quiero salir.
—Pues, adiós.
—Adiós, papá.
—¿Un beso?... —¡Toma!... (Por fin se marchó). Vamos, Ruperta; atranca bien esa puerta y anda á abrir la del jardín.
...
—¡Julio de mi corazón!
—¡Marcelina de mi vida!
(La criada distraída tararea en el balcón.)
—¿Me querrás?
—¡Hasta morir!
—¿No me engañas?
—No te engaño.
—Un beso...
(La moza, al paño:
—¡Pues me voy á divertir!)

II.

—¡Hija del alma! ¿qué tienes?...
Tu rostro está arrebatado...
tu pulso late agitado
y van á estallar tus sienes.
Ven, hija, á mis brazos; ven
y dime qué tienes ya.
—Yo no sé lo que es, papá,
pero no me encuentro bien.
—¡Llamaré al médico!
—No...
—Ve, Ruperta, avísale.
—No le avises...
—¿No? .. ¿por qué?
—Lo malo... ya me pasó.
—¡Qué te ha de pasar! (¡Oh! ¡el mal
va su organismo minando!...)
Ve, Ruperta, ve volando
y avísale á don Pascual.
—¡Ay papá, qué desazón!...
¡Yo me muero!...
—¡Tontería!
Si eso no es nada, hija mía...
(¡Hija de mi corazón!)

¿Qué sientes tú?...

—Unos pinchazos...
—Nervios, con seguridad.
¿Es en los brazos, verdad?
—No, papá, no es en los brazos...
Es así... como escozor...
pero insufrible, horroroso...
—Ya verás como es nervioso;
ya te lo dirá el doctor.
¿Llaman?...

—Sí; creo que sí...
—¡El doctor!... ¿Por qué te apuras?
Verás qué pronto te curas
estando el doctor aquí.

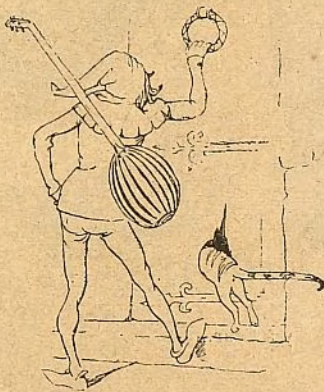
III.

—¡Doctor, por Dios, saber quiero
si es eso grave!...
—¡Quién sabe!...
En estos casos, lo grave
viene después, caballero.
—Pero... ¿hay ó no salvación?
Fuerza es que con bien la saque...
¿Y qué es?—Pues, nada: un ataque.
—¿De nervios?—¡De corazón!!

Jos M. ALMODOBAR.

La Resina

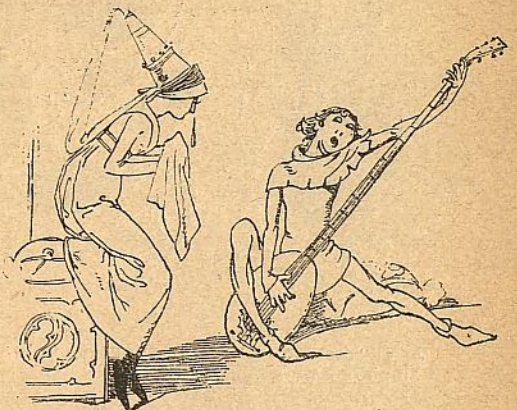
CUENTO PEGAJOSO, por Apeles Mestres (1)



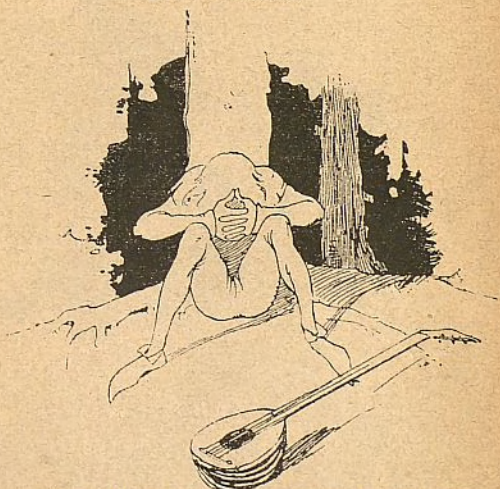
Repleto de amorosas canciones, llama un trovador á la puerta de un castillo....



Herido de amor, sale del susodicho castillo....



teniendo el honor de cantar ante la castellana, á la cual conmueve profundamente.

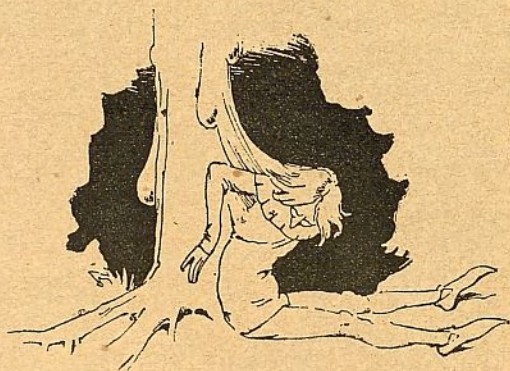


internándose en un bosque, donde se da á meditar sobre pasión tan desesperanzada.

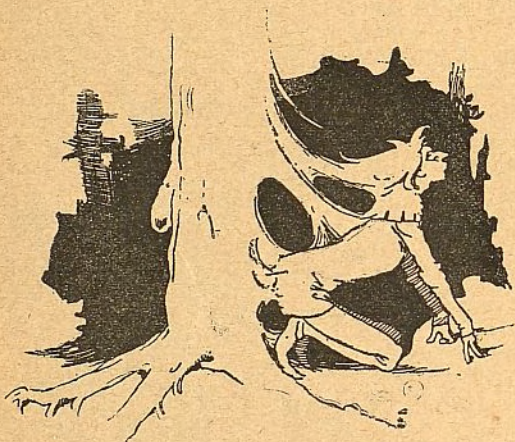
(1) Del libro inédito de Apeles Mestres *Más cuentos vivos*.



Y la canta en tan sentidas endechas, que hace llorar á los pinos sendos lagrimones de resina.



Pero al acabar de cantar, se encuentra aprisionado por ésta,



y 'ansioso de desasirse de su pegajosa tiranía, empieza á tirar...



y á tirar...!



y más tirar...



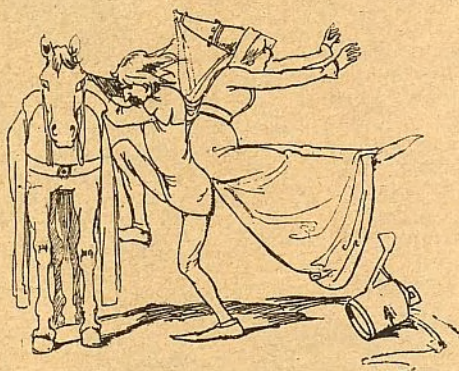
hasta encontrarse libre de la maldita resina.



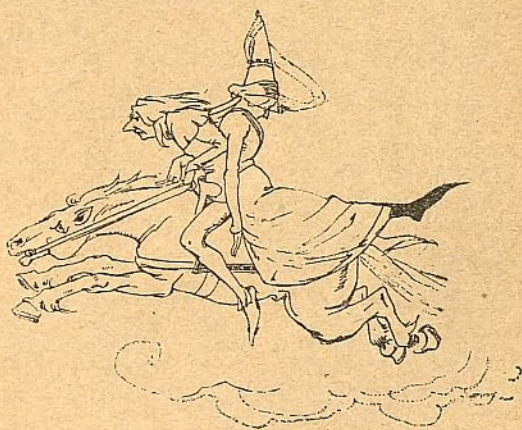
Pero... no tan maldita, ya que le sujiere una idea luminosa, con la cual el trovador encamina de nuevo sus pasos al castillo.



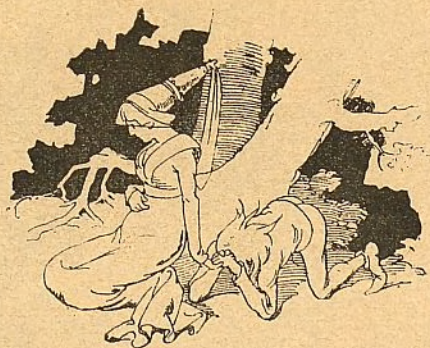
Halla á la Castellana distraída en su jardín; pégase á ella por la espalda...



y lanzándose sobre un alazán que, ensillado y todo, le depara la suerte...



parte con la dama á escape.

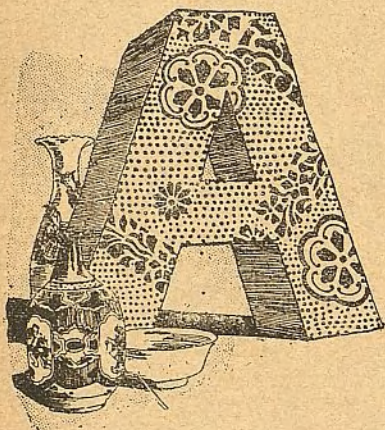


Llegados á lo más recóndito del bosque, implora su perdón por tamaña osadía y le declara su amor incontrastable.



Perdón y amor que le otorga la sentimenta Castellana con la mejor gracia del mundo.

La Noche-Buena en el Hospital.



UN cuando lo supliqué, nadie me quiso *cambiar la guardia*,—según decíamos los practicantes en nuestra especial jerga.—¡Esta noche no me quedaba yo en el Hospital por nada del mundo! —me replicaban algunos,—y al cabo tuve que resignarme á esperar el día de la Pascua dentro de aquella casa tristona, que, situada en un alto de la ciudad, recibía sobre sus muros el choque de los ruidos de la población, como las acantiladas de las costas reciben los golpes del oleaje que eternamente brama á sus pies.

Obtuve permiso para celebrar en mi casa la clásica cena de la noche. Allí, rodeado de personas queridas, consumimos una cena pobre y humilde, como el hogar de mis padres. La verdad es que entonces casi me creí un cursi, dando la razón á cierto señor, á quien muchas veces escuché que eso de las ternuras y las emociones eran arcaísmos sentimentales, insoportables; y no sólo en aquella sazón me tuve por cursi, sino que aún sigo considerándome como tal. Aun me aprietan el alma, produciéndome angustias inexplicables, los espectáculos domésticos de días señalados. Aun me enternezco cuando el rumor de

las muchedumbres diseminadas, los cantos alegres de los transeúntes, el estrépito que hace vibrar el aire, proclaman la fiesta de todos; la fiesta que principia con el breve recuerdo de los que se fueron acompañados de la muerte, y que concluye siempre mirando al porvenir, donde se encuentran nuestros gozos, nuestras desventuras y nuestro fin, colocados á distancias que desconocemos.....

Eran ya las diez de la noche cuando salía de mi casa en dirección del hospital. Los grupos alegres transitaban por las calles cantando; las tiendas estaban cerradas, salvo alguna que otra taberna, donde se guarecían los que sin familia ni hogar celebraban las Pascuas con borracheras. No se veían más carruajes que aquellos que conducían á sus dueños hacia los salones aristocráticos, donde la misa del gallo precede á la cena succulenta; de vez en cuando, el desigual redoble de tambores, acompañado de panderetazos, producía un estrépito infernal, áspero, desagradable. Los que iban solos caminaban de prisa, como queriendo llegar pronto á la casa en que eran esperados; todo me parecía pintoresco, risueño. Un cuadro alegre, que tenía por complemento la serenidad del cielo encalmado, azul, lleno de los reflejos misteriosos de las estrellas, que en el espacio parecían los brillantes con que adornaba la noche su traje de sombras.

Cuando llegué á la verja de hierro que rodeaba el hospital, el jardinero se disponía á cerrarla. Detrás de mí, las anchas hojas del portal se juntaron; las hermanas de la Caridad á quienes correspondía velar, recogieron las llaves de manos del portero, y éste, envolviéndose en una manta y tirándose sobre un colchón que extendió en dos bancos, se dispuso á dormir murmurando con socarronería: *¡Esta noche es Noche-Buena!*...

Subí al cuarto de guardia, donde encontré muy triste á mi compañero, un estudiante de provincias, aplicado y simpático.—¿Qué te pasa, hombre?—le dije.—Nada, me respondió: que oyendo esos cantares de la calle me he acordado de mi pueblo, y pensando en mi pueblo se me ha venido al magín el nombre de mi madre, y en cuanto mi madre ha ocupado toda mi memoria, los ojos han empezado á echar agua, mojándome la cara, sin que yo pudiera remediarlo. Y al mismo tiempo que el mozo se enjugaba las lágrimas, añadió: «No hay glándulas más indiscretas que las lagrimales.»

—Puedes irte á dormir. ¿Qué hay que hacer?

—Poca cosa. Vigilar al enfermo número 5 de la sala de San Nicolás. Es un niño á quien esta tarde cogió una máquina en el taller donde trabajaba, destrozándole el antebrazo derecho; en la casa de socorro le hicieron la amputación y está gravísimo.

—Adiós, me dijo el compañero; ya que me haces el favor, haz lo completo. No me llares sino hiciera mucha falta. Estoy aburridísimo y quiero ver si á fuerza de sueño ahogo la pena. Me quedé solo en el cuarto de guardia. Desde



él, veíase la ciudad casi completamente. Las torres de las iglesias descollaban como fantasma, de la masa negra tendida á sus pies y en el aire repercutían los cantares, las voces, el redoble de los tambores y los ruidos de las gentes que en las calles y en las casas se entregaban al más escandaloso regocijo.

A través de los cristales de la ventana veía yo desfilan los grupos iluminados por la luz amarilla del gas, que transpasando los faroles hacía temblar la neblina que los rodeaba.

Me alejé de aquel sitio. Las galerías del hospital con su ordinario aspecto me provocaron tristeza. Las cuatro luces de los cuatro ángulos de aquel piso variaban sus tonos desde el resplandor vivo y rápido al amortiguamiento casi rayano con la obscuridad. Un mozo dormitaba junto á la estatua; las enfermeras y hermanas de la Caridad recorrían las salas llevando un farolillo que se movía entre las sombras como un gusano de luz se arrastra en medio de la noche sobre el campo. El contraste entre el vocerío alegre de la calle y el tétrico silencio del asilo era completo.

Sólo interrumpían la monótona quietud del paraje los accesos de tos, las palmadas con que algún paciente llamaba al enfermero de guardia, los ayes angustiosos y alguna queja apenas iniciada extinguida en los labios de cualquier infeliz atormentado por el dolor.

En las salas de mujeres, las convalecientes jóvenes se permitieron, recordando la fiesta de la noche, promover ligerísima algarazas, interrumpida en el instante por el mandato de la enfermera. Fui á ver al enfermo núm. 5, del cual me había hablado el otro practicante de guardia. Me acompañó Sor Inés, una beata joven, delgada, espiritual, en cuyo rostro habían impreso huellas hondas el ascetismo y el trabajo.

La contemplación del enfermo me produjo angustiosa impresión. Le observé con cuidado; el niño deliraba: inquieto, nervioso, con la piel caliente como un ascua y los ojos á medias abiertos, aquella criatura no tenía ya en la cara los tenos encantadores de la niñez, sino los suyos y sombríos del cadáver.

—¡Pobrecito!—dijo Sor Inés.—Estaba de aprendiz en una fábrica; aseguran que su atolondramiento le perdió; la máquina le cogió el brazo y por poco no le pilla el cuerpo y le destroza completamente.

—¡Más le hubiera valido! ¡Quién sabe si el niño tenía prisa por irse á la calle á celebrar la Noche-Buena! Y, oiga usted, delira.

El niño entre dientes decía: «¡el tambor! ¡mi tambor!» Y las convulsiones agitaban los músculos de su demacrado cuello, haciéndolos vibrar como si fueran cuerdas tensas.

—Esta tarde—prosiguió Sor Inés, en tanto que arreglaba el lecho del enfermito—vino el padre siguiendo la camilla que le trajo. Al ver que no le dejaban entrar se fué llorando, y el infeliz, entre suspiros exclamaba: «¡Qué Noche buena, Dios mío!»

Todas las impresiones tristes se acumulaban en mi corazón, como huyendo del bullicio de las calles. Aquella noche no se acababa nunca; toda ella triste, atormentadora, la consumí pensando en el pobre chicuelo, que durante sus delirios agónicos recordaba el tambor, aquel tambor que hubiera hecho resonar á la salida del taller, en compañía de sus camaradas, sin la fatal desgracia que le asesinó.

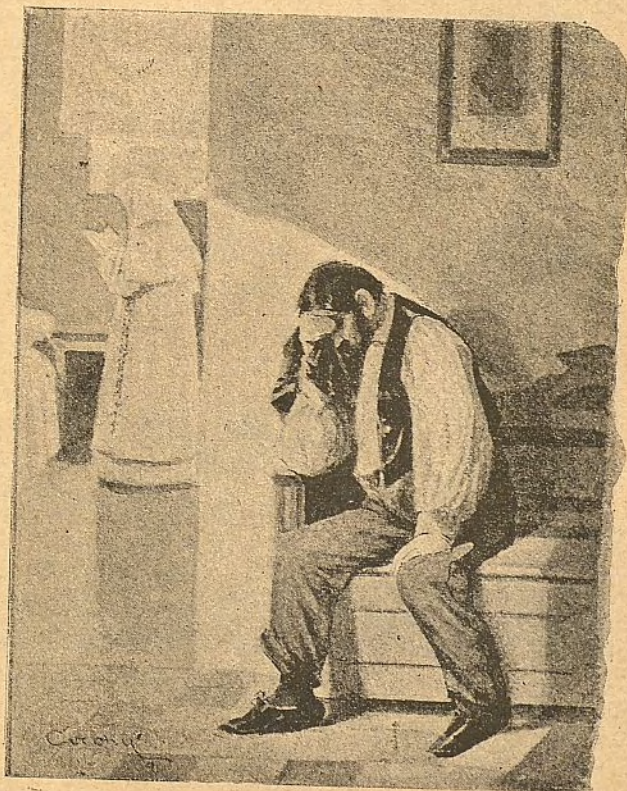
Antes de que clarease el cielo, el niño había muerto. Cuando la noche aun no estaba extinguida, la campana del hospital volteó, llenando con sus tañidos, que parecían quejas, las solitarias galerías. Era el toque de la misa de alba. Las hermanas de la Caridad, arrastrando los pies y produciendo al andar un ruido extraño, metálico, el del rosario que chocaba con las medallas religiosas, se fueron reuniendo en la capilla. Después me pareció que la soledad y el silencio del paraje habían aumentado.

Me acerqué de nuevo á la ventana. Ya los faroles no despedían su resplandor amarillo; los grupos alegres se habían retirado, y el firmamento empezaba á recibir la luz indecisa del amanecer.

Cuando la calle se iluminó con los primeros reflejos de la mañana, allí, junto á la verja, ví á un hombre, y el jardinero franqueó la entrada al desconocido, que se tambaleaba al andar.

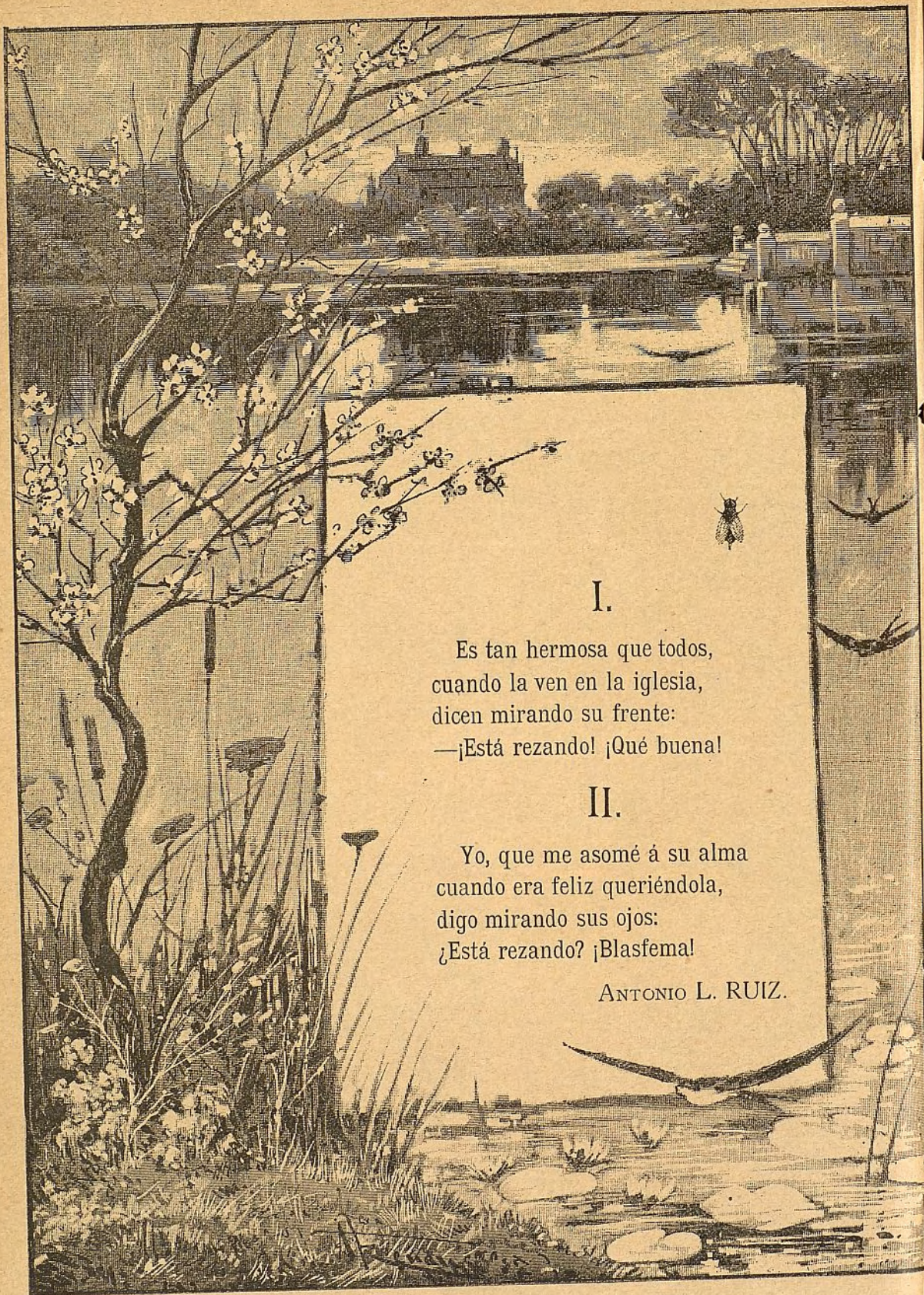
—Vaya—pensé:—un rezagado de la fiesta. ¿Y qué querrá por estos sitios y á estas horas?

Pasado algún tiempo, al cruzar la portería del hospital, allí estaba el hombre que divisé desde la ventana. El infeliz lloraba amargamente, y caído sobre uno de los bancos decía: «¡Qué Noche-Buena! ¡Dios mío, qué Noche-Buena!» Era el padre del niño muerto.



J. FRANCO RODRÍGUEZ.

Ayuntamiento de Madrid



I.

Es tan hermosa que todos,
cuando la ven en la iglesia,
dicen mirando su frente:
—¡Está rezando! ¡Qué buena!

II.

Yo, que me asomé á su alma
cuando era feliz queriéndola,
digo mirando sus ojos:
¿Está rezando? ¡Blasfema!

ANTONIO L. RUIZ.



¡Vea Vd! ¡Tanto trabajar en pró del establecimiento del sufragio, para salir ahora con que renegamos de él!

Siete suscriptores ¡nada más que siete! han emitido su voto para la adjudicación del premio al autor de la mejor página de anuncios.

El resultado ha sido el siguiente:

Votos á favor de la pág. marcada con el n.º 2. . 2
Id. id. de la id. id. id. el n.º 3. . 2
Id. id. de la id. id. id. el n.º 4. . 3

Queda, pues, adjudicado el premio al autor de la página número 4, D. Rafael López Isasi, á cuyo señor, que habita en la calle de Sepúlveda, 190. 3.º, hemos hecho entrega de las 75 pesetas consabidas.

En el número próximo publicaremos el recibo del señor López Isasi.

Y con esto Dios dé, á Vds. salud.... y á mí me libre de volverme á meter en libros de caballería.

Yo, el director humilde de esta humilísima publicación: Considerando:

1.º Que, por circunstancias especiales, es casi imposible que el tiraje de las láminas de regalo, en el

tamaño que hasta hoy han tenido, quede completamente bien:

2.º Que por esta causa recibimos infinidad de quejas de los coleccionistas y suscriptores;

3.º Que en estos casos, no es á la cantidad y sí á la calidad á lo que debe mirarse, pues mejor que recibir una lámina muy grande y muy mal tirada, es recibir la misma lámina hecha en tamaño menor y mejor impresa;

4.º Que así nos lo han pedido muchísimos lectores.

Y 5.º Que para mí el acceder á esta petición es después de todo más bien una ventaja que una desventaja:

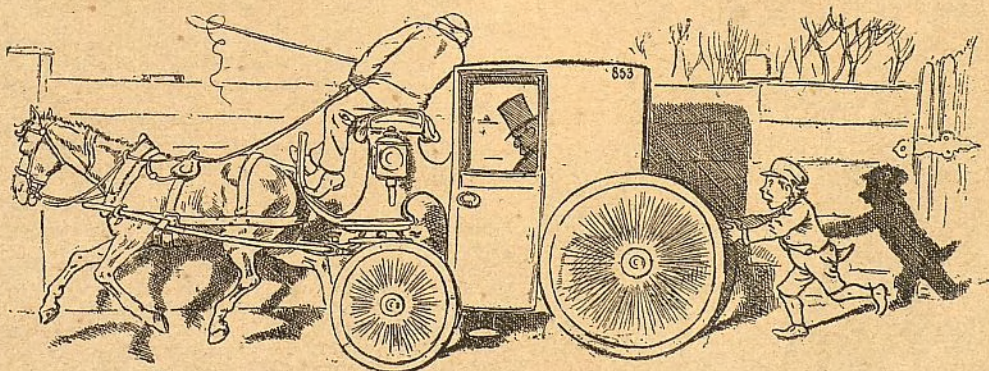
VENGO EN DISPONER que desde hoy las láminas de regalo tengan el mismo tamaño de LA SEMANA, con lo cual, sobre poder encuadernarlas en el mismo tomo, se evitarán los pliegues y dobles de que tanto se nos han quejado los coleccionistas.

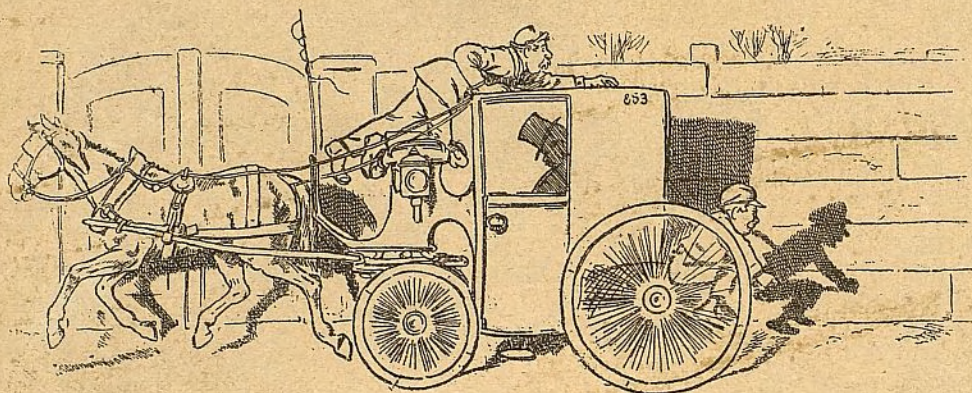
Dado en el Palacio (¡ojalá!) de la Redacción á los 17 días del mes de Septiembre del año de gracia de 1891.

Yo, el Director,

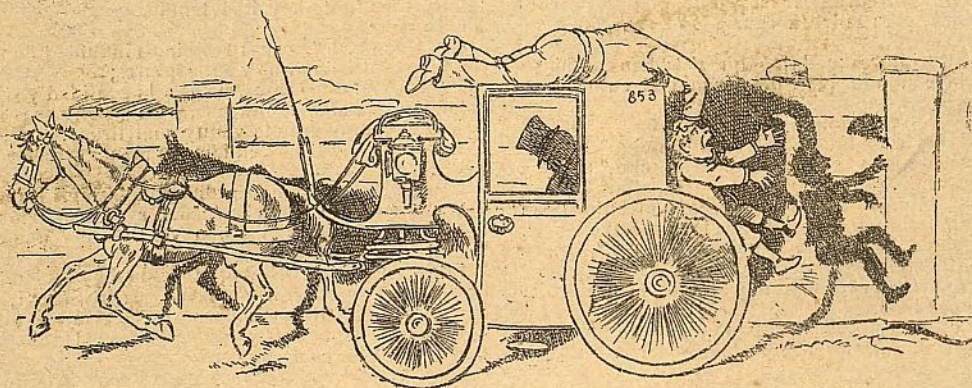
FULANO DE TAL.

TRAJEDIAS CALLEJERAS





2.



3.

Ella sin cesar lloraba,
él tranquilo sonreía
¡y yo que los contemplaba,
dudoso me preguntaba:
cuál era el que más sufría!

A. CONTRERAS.

SOLUCIONES

à los acertijos del número pasado.

A LAS CHARADAS: 1.^a Becerro.—2.^a Amazona.—3.^a Varón.

AL JEROGLIFICO: Sigue los rastros del bien hasta la tumba.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. D.—Madrid.—Lo que se llama mal, mal, no están. Pero lo que se llama bien, bien, tampoco.

J. P. P.—Avinonet.—En el uno, el primero, hay tela para cuatro páginas. Que son demasiadas páginas para un artículo solo. El otro... el otro está muy bien hecho, pero cuando pudiera publicarse ya habría perdido la oportunidad.

Sudarco.—Algo se aprovechará. Y si quiere Vd. seguir mandando...

Los de siempre.—Si señor, y por eso, y porque razonan Vds. muy bien, tengo yo especial gusto en atenderles. En cuanto á las laminas... ya verán Vds. que les hemos complacido.

L. I.—Valladolid.—Es fúnebremente seria. ¡Y lo siento, caramba, porque está divinamente versificada!

J. L. A.—Torrijos.—Eso para *La Semana Seria*.

A. D.—Jijón.—Y eso para *El Chisme*.

Siento mucho ¡muchísimo! que la falta de espacio, de humor y de tiempo me impida decir por qué razones no son publicables las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores A. P. C., K. Ribe, Manolito, O. D., Domingo Festivo, G. de A., B. P. y Sinesio 2.^o (Madrid).—D. D., Barbilindo, A. M., Un tranquil, C. C. de D., J. G. y El noy de la Riba (Barcelona).—A. B., Sacristuchi y C. D. (Valencia).—J. I. (Gijón).—C. C. (Sevilla) y Dirlindin Dirlindon.

Imprenta de Pedro Ortega, Palau, 4 —Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid